

## Arendt y su manual de instrucciones contra la posverdad según Martínez-Bascuñán

Roberto R. Aramayo  

Profesor de Investigación en el Instituto de Filosofía del CSIC e historiador de las ideas morales y políticas, autor de *El talante moral de la Ilustración y sus correlatos políticos* (2025).

<https://www.doi.org/10.5209/ashf.107358>

Recibido: 27/01/2026 • Aceptado: 13/02/2026

**Cómo citar:** Aramayo, R. R. (2026). "Arendt y su manual de instrucciones contra la posverdad según Martínez-Bascuñán". *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 43 (2), 473-475.

Acaba de publicarse un texto muy sugestivo sobre *Hannah Arendt y la posverdad*, cuyo título es *El fin del mundo común*. Su autora es Mariam Martínez-Bascuñán. Esta notable politóloga tuvo la fortuna de contar con dos excelentes mentores académicos, Fernando Vallespín y Rafael del Águila, pero también atesoró una valiosa experiencia oficiando como Jefa de Opinión en *El País*, circunstancia que le hace sintonizar con una de las vertientes cultivadas por Arendt, interlocutora principal de su ensayo, donde también se reivindica el espíritu socrático recogido por los diálogos platónicos. Resulta curioso que se valore tan positivamente a Sócrates, cuyas andanzas conocemos únicamente gracias a la escritura de su discípulo Platón, mientras este resulta severamente criticado como paradigma del filósofo que ignora los avatares mundanos desde su torre de marfil. No era este desde luego el parecer de Kant, quien considero útiles los ideales platónicos como horizontes utópicos que podían dinamizar la ética y por ende la política.

Este meritorio libro nos alerta sobre un tratamiento superficial del problema de la posverdad, que no puede reducirse a una simple cuestión de bulos, desinformación y teorías conspiranoicas, cuando viene a erosionar nuestra capacidad para orientarnos en el mundo, puesto que socava un terreno común donde discutir y actuar, impidiendo tomar decisiones informadas o ejercer un juicio crítico, al no permitirnos discernir entre lo verdadero y lo falso. El saber científico y la sabiduría filosófica han perdido su aureola de crédito, al reprochárseles no descender a los avatares del ágora y no atender al sentir de la ciudadanía, generándose una falsa dicotomía entre las verdades de los expertos y la opinión del pueblo. En una palabra, todo ello nos priva de compartir un mundo común, imposibilitando cualquier diálogo que no sea de sordos, dado que cada cual se atrincheró en las creencias de un bando irreconciliable con su presunto antagonista.

El primer hito del hilo discursivo que sigue Bascuñán es George Orwell. Me permito recomendar

el documental *Orwell: 2+2=5*, donde se repasan sus obras literarias a través de las adaptaciones cinematográficas que ha inspirado particularmente la célebre *1984*. En este capítulo se nos recuerda que un régimen autoritario no tolera libertad alguna. Al controlar los medios de comunicación y la educación, puede moldear a su antojo la verdad oficial, imponiendo una sola versión de los hechos, aquella que mejor lo sustenta en el poder. Desde la noche de los tiempos las mentiras han acompañado al juego político, tal como advierte Maquiavelo, dando pie a esas razones de Estado certeramente criticadas por Elías Díaz. Pero siempre se declaraban algo como algo excepcional.

Cuando Federico II de Prusia, proclamado rey filósofo por Voltaire, propició un concurso académico para defender si convenía o no engañar al pueblo, se premiaron dos ensayos que sostenían tesis contrapuestas para cubrir las apariencias, puesto que Federico el Grande reconocía tener que desoir a la moral cuando ejercía de monarca. La diferencia es que ahora ya no hay lugar para el disimulo y las mentiras pretenden suplantar a los hechos con un relato alternativo del acontecimiento real. El mundo ficticio de Putin sería un buen ejemplo, tal como nos hacer ver la película *El mago del Kremlin*. Arendt ya echaba de menos un talante homérico, que narra los hechos contados en su *Ilíada* respetando por igual a los héroes de ambas partes, Héctor y Aquiles. Arendt repara en la memoria germana del holocausto nazi, haciendo ver que debe servir para mantener vivos esos hechos en la conciencia pública, pero resaltando su carácter contingente, a fin de prevenir tragedias del mismo tenor, como sería el caso del genocidio del pueblo de Gaza.

Como dijo Lessing, la Verdad con mayúsculas únicamente podría tenerla Dios, porque al ser humano le corresponde buscarla indefinidamente y construirla en diálogo con los demás mediante una realidad compartida. Stalin eliminó nada menos que a Trotsky de la historia revolucionaria y esa propaganda triunfó bajo su mando, por los hechos requieren voces que logren rescatarlos del olvido y

la manipulación. El primer alunizaje puede ser presentado como un gran paso para la humanidad, el fruto de una rivalidad entre dos grandes potencias o un montaje para mostrar el poderío estadounidense. Del mismo hecho pueden darse versiones muy diferentes con sus respectivas improntas en el imaginario colectivo. “La política y la historia –escribe Bascuñán” exigen un esfuerzo constante: defender la verdad sin convertirla en dogma, sin imponerla como si fuera una ecuación matemática, pero tampoco permitir que se diluya en la bruma de lo subjetivo” (p. 70).

Arendt publicó *La mentira en política* cuando estuvieron accesibles los papeles del Pentágono sobre las mentiras utilizadas en la guerra de Vietnam, analizando la quiera que tales artimañas generan en las instituciones. Donald Trump sigue sosteniendo que le robaron las elecciones en 2020 y se felicita por el asalto al Capitolio tras indultar a sus protagonistas en su segundo mandato. El problema es que con ello se da una quiebra de confianza y esta pérdida no se restaña mostrando las evidencias que desmienten la patraña en cuestión, arrebatándonos cualquier tipo de brújula moral que sirva para orientarnos en ese laberinto. Al desdibujarse los hechos, triunfa el relato más eficaz al servicio del poder. Por eso harían falta habilidosos narradores políticos que supieran defender los hechos desde sus múltiples perspectivas, evitando que sean intercambiados por fantasías.

La posverdad hace recelar de quienes cultivan el conocimiento científico, la filosofía moral y los medios de comunicación tradicionales. Pese a las continuas verificaciones periodísticas y los avances científicos bien acreditados, el imperio del bulo genera ese universo paralelo en que la distorsión sistemática de lo real tiene cada vez más fuerza política. Estamos perdiendo el hábito de comprender, es decir, de mirar al mismo mundo desde la posición del otro. Es lo que Kant denominó pensar extendido en su *Crítica del discernimiento* y Arendt enfatiza en su lectura política de dicha obra. Escuchar y respetar las perspectivas ajenas crea un espacio compartido, clave para la subsistencia de las democracias deliberativas, al matizar los prejuicios y dar pie a la reflexión. Es lo único que puede salvarnos del vacío de la posverdad y del miedo que nos divide. Vallespín lo ilustra con una experiencia docente donde un alumno confundía opinar e interpretar a Maquiavelo, como si hubiera una equivalencia funcional entre ambas cosas.

De poco vale interpelar al filósofo platónico encerrado en su torre de marfil e incapaz de comunicarse con las contingencias que pueblan la plaza del mercado. Esta imagen olvida la interpretación kantiana del rey filósofo anhelado por Platón. Para Kant es imposible que un gobernante filósofo o un filósofo gobierne. Tampoco sería conveniente, porque la misión del filosofar, que por otra parte nos corresponde a todos y cada uno en cuanto ciudadanos, es criticar de oficio al poder. Por eso la facultad filosófica debe ocupar el ala izquierda del parlamento universitario y limitarse a recordar las virtudes de la reflexión ético-política, contraponiendo al filósofo moral y al moralista político. El primero intenta combinar sus convicciones éticas con las responsabilidades asumidas en el ámbito político y el segundo recurre a

trampantojos éticos como mero barniz con el que recubrir sus tropelías.

Adolf Eichmann hizo ver que las mayores atrocidades pueden ser cometidas por gente ordinaria y que no se requieren monstruos para perpetrarlas, pues basta decantarse por una obediencia ciega que suspende nuestra capacidad para juzgar y pensar por cuenta propia. El mejor antídoto para prevenir esa deshumanización lo daría Sócrates y su método mayéutico, que lo cuestiona todo, sometiéndolo a una crítica de índole kantiana. En este sentido, también puede ser útil ese imperativo de la disidencia propuesto por Javier Muguerza, dado que siempre nos cabe negarnos a secundar cuanto nuestra conciencia moral considere injusto e inicuo. “La posverdad no es simplemente una estrategia política –nos dice Bascuñán: es una prueba para nuestra imaginación moral, un espejo que refleja hasta qué punto estamos dispuestos a pensar por nosotros mismos, a defender la verdad incluso cuando no encaja con nuestras creencias o deseos” (p. 148)

Bascuñán destaca cómo Arendt valora la *doxa* socrática como una forma de comprender el mundo tal y como se va mostrando a cada persona. “Sócrates debatía con todos, buscando una verdad que no fuera impuesta, sino descubierta en el intercambio de opiniones” (p. 155). El problema es que no practicamos la *ísegoría*, es decir, que cada cual pueda tomar la palabra en el ágora para expresar su opinión, porque se dan jerarquías de credibilidad en el espacio público, determinadas por desigualdades de género, raza y clase social. Internet parecía ir a cambiar las cosas, auspiciando que cualquiera pudiese acceder a la información e incluso publicarla, pero en lugar de proliferar las opiniones bien fundamentadas, lo han hecho las ocurrencias teñidas de sensacionalismo. Para Bascuñán resulta esencial distinguir entre un análisis técnico de la veracidad y el contexto socio-político donde se reciben los enunciados. Porque lo fundamental es cómo revidamos colectivamente las opiniones que configura la vida en común y para eso es imprescindible la estimulación socrática para juzgar y ver el mundo con ojos políticos, poniendo el énfasis en un público crítico e informado como contrapeso al poder político.

Los hechos reales no suelen confirmar nuestros prejuicios, mientras que las mentiras pueden diseñarse para resultar emocionalmente satisfactorias. Por eso la mentira no solo falsea la realidad, sino que dificulta sobremanera el disenso para enfrentarse a las narrativas dominantes e imaginar futuros alternativos, que posean una carga emocional y simbólica de similar envergadura. La soledad y el aislamiento favorecidos por las nuevas tecnologías produce un vacío existencial y el totalitarismo brinda un enemigo común donde canalizar esa frustración, como sería el caso ahora mismo de la inmigración o las funestas consecuencias de una presunta superioridad femenina obtenida por la discriminación positiva. El estar permanentemente conectados tampoco favorece la introspección que requiere consultar a nuestra conciencia moral, dejándonos arrastrar por el relato hegemónico al margen de su veracidad, como cuando Trump sostiene que los avances de las minorías y las mujeres deben revertirse por ser algo, sin mencionar que la riqueza heredada es un privilegio estructural muy minoritario.

Se vituperan los valores del Siglo de las Luces mediante lo que se ha denominado Ilustración Oscura. Esto propicia un tecno-feudalismo manejado por los propietarios de las grandes corporaciones que piden vasallaje a los Estados menos poderosos, como se permite hacer Elon Musk cuando le sancionó la Unión Europea. “Hemos entrado en una era en la que las instituciones democráticas sobreviven como cascarones formales, mientras el poder real se desplaza hacia actores no electos: corporaciones, algoritmos e individuos con fortunas desmesuradas” (p. 210).

Trump y quienes le idolatran proceden a privatizar la esfera pública, externalizando toda suerte de prestaciones y servicios, delegando en empresas privadas las tecnologías de vigilancia, control facial y bases de datos compartidas, lo que crea un aparato de poder opaco que actúa sin límites democráticos y no rinde cuentas ante nadie. Un ejecutivo blindado ejecuta órdenes a través de algoritmos y decretos irreflexivos. “Hoy la cuestión no es solo cómo funcionan los algoritmos, sino quién los diseña, quién los gobierna y, sobre todo, quién escribe las narrativas que los justifican” (p. 213). El trumpismo comparte muchos rasgos del fascismo histórico: un inquebrantable culto a la figura de su líder, el abuso de la propaganda, el supremacismo, la censura, la represión del disenso, el ataque a las universidades, el control de nuestro lenguaje y el miedo como herramienta política. Todo ello provoca genuflexión diplomática y pérdida de soberanía incluso entre los países presuntamente amigos e incluso un ejercicio de autocensura en los foros académicos.

En su primera campaña electoral, Trump dijo que podría ponerse a disparar en medio de la Quinta Avenida y no perdería votantes. El tiempo le ha dado la razón. Su policía migratoria ha tiroteado a una mujer que solo intentaba supervisar posibles abusos, tildándola por añadidura de terrorista contaminada por la ideología *woke*. También acaba de secuestrar a un mandatario extranjero para juzgarlo en Estados Unidos sin que nadie pueda decir nada temiendo posibles represalias. En este contexto se desconfía de la ciencia, cuando en realidad “el conocimiento experto no es un oráculo ni una trinchera ideológica,

sino un puente necesario, una base desde la cual las diferencias puedan discutirse sin que la conversación se disuelva en ruido o engaño” (p. 246).

Esta plutocracia no sería posible sin mediar una idolatría del dinero que admira la riqueza, como si esta fuera fruto del talento individual. La indignación provocada por el malestar social no se dirige por lo tanto contra los multimillonarios o macro-empresarios, sino contra las elites políticas tradicionales, los tecnócratas y los académicos. Asistimos a una lucha entre imaginarios contrapuestos, entre formas opuestas de concebir lo justo, lo legítimo y lo deseable. “A pesar del esfuerzo sostenido de científicos, periodistas, verificadores de datos y otras iniciativas diseñadas para frenar la desinformación, las teorías de la conspiración y las noticias falsas no solo sobreviven: prosperan. Lejos de debilitarse, su poder se expande y gana terreno en la conversación pública” (p. 263). La universidad, el vivero natural de voces críticas, es concebida como una fábrica de futuros emprendedores. Ya no es vista como un espacio de autonomía y libertad, como un refugio para los valores ajenos al dinero y el poder.

“El tiempo dirá si se consolida el cambio del sistema político estadounidense hacia una tecnocracia digitalizada que reduzca la política a una gestión empresarial y que busca la despolitización ciudadana para convertirnos en una masa dócil” (p. 290). Entretanto nos corresponde imaginar qué nos hace hacer para evitar ese tipo de virajes, que tanto recuerdan cómo acabó la República de Weimar hace casi un siglo. Leer libros como este de Bascuñán puede servir para orientarnos y recuperar a una pensadora como Arendt. Me permito aconsejar la lectura en paralelo de *La sociedad de la desconfianza*, el último libro por ahora de la filósofa moral Victoria Camps, cuyo significativo subtítulo reza como sigue: *Cómo recuperar la confianza sin dimensión moral de la política y la vida cotidiana*. Lo que hemos dado en llamar transferencia social del conocimiento, la divulgación bien documentada y el fomento de una ciencia ciudadana podrían ser herramientas válidas en esta batalla contra la posverdad.